

## 1. A la salida del Carnegie Hall

Era ya tarde, casi las once y media, cuando Cyrus Irani salió del Carnegie Hall con la multitud, al terminar la *Pasión según San Mateo* de Bach. Notó que acababa de empezar a nevar por primera vez ese invierno. Toda la calle Cincuenta y siete, esa hilera gris e imponente de edificios de oficinas atestados de bufetes de abogados, bocas de metro y escaparates vacíos de automóviles, que se extendía hacia el oeste desde el Carnegie Hall, se convirtió de pronto en un remolino de confeti mojado, como el papel de telégrafo que se lanzaba en los desfiles de antaño.

Cyrus se detuvo en el bordillo a beber aquellas primeras nieves mientras los taxis amarillos se deslizaban hasta la parada que había frente a la sala de conciertos. Se imaginó la frustración de la nieve, atrapada entre los altos muros de los rascacielos como en el patio de una prisión. Sacudió la cabeza desechando aquella fantasía: si no iba con cuidado, tanta melancolía acabaría hasta con sus placeres más sencillos.

Cruzó hasta la librería de viejo para echar un vistazo a los títulos del escaparate. La tienda estaba cerrada, pero no le importó, pues no tenía intención de entrar. Tiempo atrás, en aquel lugar había habido una librería mejor, en la que Cyrus

## 4 PHILLIP LOPATE

acostumbraba a rebuscar a la salida de los conciertos. Trataba de expresar su lealtad al fantasma del antiguo dueño comprándole lo menos posible a este usurpador, si bien la fuerza de la costumbre seguía dejándolo hechizado ante las pilas de libros del escaparate, aunque ninguno de los títulos (las memorias de una actriz, una novela de espías, un manual de jardinería con fotografías y un libro para aumentar la confianza sexual en uno mismo) le interesaba lo más mínimo.

De pronto, a su derecha reparó en la presencia de una especie de espectador burlón que le observaba y se reía con una risita disimulada. Irani volvió la vista hacia el reflejo del hombre: Aberjinnian, el subastador de cara redonda, aparecía en el cristal como si fuese algún doble satánico. (Ojalá fuese Mefistófeles deseoso de comprar su alma, pensó Cyrus.) Aberjinnian hizo una mueca de satisfacción por haber interrumpido a Cyrus en plena ensoñación, igual que si le hubiese sorprendido cometiendo un pecado solitario. Sin concederle todavía el beneficio de una mirada directa, Cyrus echó un vistazo a lo que había estado escudriñando Aberjinnian: su propio reflejo, el propio Cyrus (supuestamente), un hombre de cuarenta y cuatro años, cuyos amables ojos negros, nariz protuberante, poblado mostacho y aspecto noble y agobiado se habían contraído por un momento como en una máscara mortuoria.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí detrás?

—¡Oh!, uno o dos minutos. Parecías en trance.

—Disculpa. Acabo de salir del concierto y estaba todavía bajo la influencia de la música. ¿Cómo estás, George?

—Bien, veo que como de costumbre estás cultivando tus «sensibilidades artísticas» —dijo el subastador regodeándose en su propia astucia mundana. Esa noche, Cyrus no esta-

ba de humor para soportar la superioridad de Aberjinnian, tal vez se le ocurriría alguna excusa para escabullirse.

—Ni mucho menos. Estaba aburrido. No tenía nada que hacer, así que he venido porque estaba cerca.

—No quieras dártelas de modesto. Todo te interesa: música, poesía, pintura, danza. Eres refinado y por eso mismo te admiro. Mírame a mí. Yo no soy una persona cultivada. Sólo me preocupo por el dinero, el sexo y lo que me meto en el estómago. Tú, amigo mío, eres un idealista, y yo, un sensualista. ¿Qué? Veo que arrugas la nariz. ¿No crees que tengo derecho a considerarme un sensualista? Probablemente, tú emplearías otra palabra: vulgar, filisteo, bárbaro —dijo Aberjinnian con entusiasmo, disfrutando evidentemente del concierto de Cyrus.

—Por favor, no pienso eso ni muchísimo menos.

—Bueno, aunque lo pienses, al menos concédele a este bárbaro el placer de tomar juntos una taza de café para que no tengamos que estar hablando bajo la nieve como un par de tratantes turcos de caballos.

—Me gustaría, pero... —le echó un vistazo a su reloj—. Es tarde.

—Vamos, Irani, no me digas que no tienes ni un cuarto de hora para un colega. Por favor, concédeme el honor.

Cyrus, al ver que el otro le cogía por el codo, se sorprendió por su repentina alegría al estar acompañado. Incluso un devoto de la soledad puede llevar solo demasiadas noches. Esperaron a que pasasen varios coches, luego volvieron a cruzar la calle hasta el Carnegie Hall.

—¿Vamos a la crepería de la esquina? —sugirió Aberjinnian.

—Es demasiado deprimente. Y apesta a la grasa de la plancha.

—Qué delicado. Entonces escoge tú un sitio.

6 PHILLIP LOPATE

—No sé —Cyrus miró a su alrededor—. ¿El salón de té ruso?

—Nos ponemos refinados. ¿Es que vas a invitar tú?

—Ah..., la eterna cuestión. ¿Dónde picar algo en este barrio sin que nos cueste un ojo de la cara? ¿Qué tal el Carnegie Deli?

—Es una buena solución intermedia.

La nieve parecía pegajosa. Ensuciaba las tablas de las paredes de los quioscos de periódicos. Cyrus agradeció el frío aguijonazo de la sangre en las mejillas.

Los dos hombres empujaron la puerta giratoria para entrar en la enorme tienda de comida preparada y esperaron a que acudieran para darles asiento. Detrás del mostrador de la carne, unos camareros que preparaban bocadillos y cuya tez enfermiza era del mismo color que la pechuga que estaban cortando en filetes hablaban para el cuello de su camisa y se metían trocitos de *pastrami* rojo en la boca. El encargado, un hombre rubicundo de pelo rizado con una enorme barriga que bloqueaba el paso con tanta eficacia como una cinta de terciopelo, les señaló por fin con un gesto como el de un conspirador que tenía la mesa perfecta para ellos, como si después de calibrarlos bien, hubiese escogido un rincón particularmente ajustado a sus deseos y necesidades. (Esa insinuación de una perspicacia mayor de la requerida por la situación era una enfermedad típicamente neoyorquina, pensó Cyrus; él hacía lo mismo en la tienda.) Los acomodaron en mitad de la sala, frente a una hilera de espejos.

El camarero, delgado y nervioso, que tenía unos ojos saltones intensos y atormentados (parecía un actor en paro o un pariente trastornado del dueño), les entregó unas cartas enormes y manchadas de grasa.

—Té y pastel ruso de café, por favor —dijo Cyrus, cerrando de golpe la carta.

A LA SALIDA DEL CARNEGIE HALL 7

—Qué rápido te decides. Yo nunca sé qué pedir... ¿Cómo están los higos confitados? —preguntó Aberjinnian con aire ausente y despreocupado, como si estuviese regateando en un bazar.

—Son de lata —replicó el camarero sin dejar de girar y estirar el cuello hacia delante como un caballo que trata de soltarse de la brida. Llevaba la pajarita caída.

—¿Y qué tal el pudín? ¿También es de lata?

—No, eso lo hacemos aquí —al camarero se le iban los ojos hacia las otras mesas.

—Muy bien, entonces tomaré pudín y café. ¿Por casualidad no tendrán café turco?

—¿Por qué iban a tener café turco en una tienda de comida preparada como ésta? —preguntó Cyrus, que notó la prisa del camarero por largarse.

—Tienen pastel ruso de café, así que es una suposición razonable. No te impacientes conmigo, amigo mío... Tomaré el pudín y un café americano —dijo Aberjinnian.

El camarero se fue.

—Tienes nieve en la pechera —observó Aberjinnian—. A menos que sea caspa, claro.

—¿Satisfecho? —dijo Cyrus cepillándose.

—No te ofendas. Siempre eres igual de quisquilloso conmigo.

—Lo siento. Tienes razón —se preguntó por qué Aberjinnian le producía ese efecto.

Debía de ser porque George le recordaba a su hermano mayor. Se habían quedado en silencio. Al echar un vistazo por encima del hombro derecho de Aberjinnian, vio entrar a varios músicos cargados con las fundas que protegían sus instrumentos. El encargado los recibió con muchos aspavientos y los acomodó cerca de la entrada. Con las pajaritas desanudadas, su aspecto se parecía extrañamente al de

8 PHILLIP LOPATE

los camareros. Se preguntó si acababan de tocar la *Pasión* de Bach.

—Esta noche pareces inquieto —observó Aberjinnian.

Cyrus se encogió de hombros.

—¿Por qué lo dices?

—No haces más que mirar a tu alrededor, no dices nada, me metes prisa para elegir, no has dejado de mirar el reloj. ¿Tanto te aburro, amigo mío?

—No me aburres lo más mínimo. Tú tampoco has dicho nada..., amigo mío. No pienso darte la satisfacción de ofenderte, George. Es una clara estrategia para forzarme a discutir contigo a fin de salir tú victorioso.

—Muy bien. Estupendo —dijo Aberjinnian, con una sonrisa de oreja a oreja—. A propósito, ¿te has enterado de mi subasta del domingo? ¿Tienes mi tarjeta?

—Tengo tu tarjeta. ¿Hay algo que valga la pena?

El camarero les llevó la comida.

—Créeme —dijo Aberjinnian en tono confidencial, inclinándose hacia delante en cuanto se marchó el camarero—, un cargamento entero de Afganistán pasado de contrabando por Singapur. Las familias están desesperadas por conseguir dinero y, desde la invasión rusa, los patriotas cambian alfombras por armas a muy buen precio. Por el precio de una taza de té.

—De acuerdo, trataré de ir.

—No lo digas como si estuvieses haciéndome un favor. Sólo intento ayudarte —Aberjinnian se pasó la mano por la cabeza, calva, salvo por unas pocas hebras entrelazadas.

—Lo comprendo y te lo agradezco. Sólo dudaba porque es domingo y detesto dedicar a los negocios el único día libre que tengo para leer.

—¡Pues llévate el libro! Qué gracioso eres.

—Me alegra divertirme.

—No, me interesas. Para mí eres un completo enigma. Nada de alcohol ni de drogas, nunca te he visto con una mujer y ni siquiera fumas cigarrillos. Un hombre sin vicios.

—Por supuesto que tengo vicios —dijo malhumorado Cyrus.

—¿Cuáles? Dime uno.

—El orgullo, el egoísmo, las mentiras, la desesperación. La falta de compasión por mis semejantes. La falta de fe.

—Eso no son vicios, son... contaminantes inevitables. El precio que paga el hombre moderno por respirar. Yo te hablo de los vicios que te arruinan la vida, de los que te dejan sin dinero. Como el juego. Las obsesiones. Nuestros abuelos sabían cómo perder el control..., se gastaban fortunas en cortesanas y bailarinas jovencitas.

—No sé tu abuelo, pero el mío era tintorero en Kirman. De todos modos, no necesito vicios para arruinarme. Soy un pequeño comerciante, con eso ya basta.

—Creía que últimamente los negocios te iban bien.

—Pues no. Apenas vendo alfombras suficientes para ir tirando. El barrio se está volviendo chic, así que ahora tengo a muchos más curiosos que entran con helados que go-tean sobre mis alfombras, pero sólo me hacen perder el tiempo. No compran más que los antiguos clientes. Y ya ni siquiera puedo leer en la tienda.

Aberjinnian se echó a reír.

—¿Y mujeres? Debe de haber un montón de tías buenas y chics entrando y saliendo de la tienda.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Creo que lo que necesitas es echar un polvo, amigo mío.

Muy a su pesar, Cyrus se sonrojó; no quería que Aberjinnian notara que había dado en el clavo.

—Alguno cae, de vez en cuando, aunque tú no estés presente.

10 PHILLIP LOPATE

—Pues si yo tuviese esa mata de pelo tuya no habría quien me parase. En tu caso ese pelo es un desperdicio.

—Quizá —dijo Cyrus pensativo.

—Yo tengo la teoría de que a las mujeres hay que echarles mano allí donde uno pueda —dijo Aberjinnian reclinándose en la silla. Se interrumpió un momento, como si estuviese pensando si añadir algo más—. ¿Quieres más café?

—No, gracias, no pegaría ojo en toda la noche.

—Creo que yo sí tomaré un poco —Aberjinnian le hizo una seña a otro camarero que pululaba por allí con una cafetera—. Vuelva a llenármela, por favor.

El viejo camarero, canoso y encorvado, con su chaqueta amarilla, le obedeció y siguió su camino sin decir una palabra.

—Me pregunto si me cobrarán la segunda taza.

—Seguramente.

—¿Sabes dónde he estado esta noche antes de encontrarme contigo?

—No. ¿Dónde? —preguntó Cyrus sin interés.

—¡Adivínalo! ¡A ver si lo adivinas!

—No lo sé, pero como de todos modos vas a decírmelo, tendré mucho gusto en saberlo.

—Fui a un club de contactos. Uno va ahí a follar. Sólo que no es un burdel, es todo voluntario. América es un país maravilloso.

—Suenas como aquel hotel del norte del estado del que me hablaste una vez. El de las orgías gratis.

—No, éste está aquí, en Manhattan. En el otro sitio había que tragar con la terapia de grupo y la cocina en común y otras gilipolleces. Aquí van directamente al grano. Entrás en una habitación oscura y follas. Todos están tumbados por el suelo. No te engañaré: a veces está un poco asqueroso.



Después tienes que ducharte. El caso es que pasas por encima de los cuerpos. Alguien te escoge y te emparejas. Dúos, tríos, a veces incluso más. Pero sólo si quieres. Si la mujer no te parece atractiva, le dices: no, lo siento, en otra ocasión. Aunque te sorprendería lo guapas que son algunas. No entiendo por qué, pudiendo conseguir a cualquier hombre, van a un sitio así. Tal vez les guste no tener que volver a ver al tipo. Nada de responsabilidades. Esta noche he escogido a una con las tetas enormes, maravillosas, como un ama de cría. Y le encantaba que se las chupasen. ¡Era el Paraíso! Justo como prometió el Profeta, con una hurí a mi lado. Luego rodé un poco más allá y ahí había otra dispuesta a chuparme las pelotas.

Cyrus le hizo señas para que bajase la voz. Le agobiaba la jactancia de Aberjinnian. Sabía muy bien que algunos hombres de Oriente Medio se convertían en chiquillos fascinados con el lado sucio del sexo cuando llegaban a América. Pero entonces, ¿por qué se le hinchaba la garganta como si estuviese al borde de las lágrimas? Cuanto más oía de la sórdida escapada de Aberjinnian, más en peligro se sentía. Tal vez a causa de la tentación de ir allí.

Por fin le interrumpió, tratando de que su curiosidad sonase despectiva:

—¿Cómo descubres esos sitios?

—¿Dónde te metes, Irani? Todas las semanas publican anuncios en la última página del *Village Voice*. Hay una sección entera de clubes de contactos. Deberías probarlo, te sentaría bien. Y no es caro. Sólo ochenta dólares. Lo que cuesta invitar a una mujer a cenar y al cine y emborracharla. ¡Incluso menos!

—Lo malo es que a mí no me gusta pagar por el sexo.

—¿Te crees tan Adonis que no te hace falta pagar?

—Claro que no. No, pero..., te reirás, creo que eso distor-

12 PHILLIP LOPATE

siona el acto amoroso, que debería llevarse a cabo con afecto y respeto.

—Menudo romántico estás hecho. ¿Es que nunca te has empalmado al ver una puta guapa a la que te... hmmm y al afecto que le den? Además, no pagas a la mujer, pagas al club, así que no es lo mismo que con una prostituta. Es como las parejas de baile que se escogen unas a otras. ¿Cómo dicen ellos...? «Por consentimiento mutuo.»

—Mira..., me alegro de que hayas encontrado tu paraíso en la tierra, pero a mí no me va eso.

—Eres un puritano. Todos los zoroástricos criados en América se están volviendo unos puritanos. Tu padre no debería haber salido nunca de Irán. Pero no diré ni una palabra más.

Se levantaron y pidieron la cuenta.

—¿Pagas tú o pago yo? —preguntó Aberjinnian mirando las dos notas.

—Paguemos los dos. Por consentimiento mutuo.

—A propósito —dijo Aberjinnian mientras se acercaban a la cajera que estaba sentada ante un seto de salchichones colgados—, ¿qué pasó con esa mujer, tu vecina?

—¿Qué vecina? —preguntó Cyrus entregando la cuenta.

—Ya sabes, la que tenía no sé qué en la pierna.

Aberjinnian se estaba refiriendo a un episodio que Cyrus prefería olvidar.

—No pasó nada —dijo con un toque de formalidad.

—¿Quieres decir que después de todo no te la tiraste?

—Por favor, ya te lo contaré en otra ocasión.

Se despidió brevemente de Aberjinnian en la acera y se encaminó a casa hacia el norte. Había dejado de nevar, pero hubiese deseado que hubiera seguido cayendo un poco más.